

248

## HOMENAJE

382

A

## JOAQUIN IBARRA

Sesión celebrada en la Casa de la Villa el  
día 21 de julio de 1923, con ocasión del  
descubrimiento de la placa conmemorativa  
en la casa número 13 de la calle de Núñez  
de Arce, en que tuvo su establecimiento  
tipográfico el insigne impresor.



# HOMENAJE

A

## JOAQUÍN IBARRA

---

Sesión celebrada en la Casa de la Villa el día 21 de julio de 1923, con ocasión del descubrimiento de la placa conmemorativa en la casa número 13 de la calle de Núñez de Arce, en que tuvo su establecimiento tipográfico el insigne impresor.





*Alcalde Presidente (Excmo. Sr. D. Joaquín Ruiz Giménez).*

No temáis, señores, un discurso de parte del Alcalde Presidente del Ayuntamiento de Madrid. Me lo impediría la presencia de las ilustres personas que han honrado el Ayuntamiento de Madrid, viniendo en el día de hoy a tomar parte en este homenaje; y me lo impediría, también, que han de hablar después oradores tan ilustres como mi entrañable amigo D. José Francos Rodríguez, iniciador de esta hermosa fiesta, y como los Sres. Cotarelo, Morato, Gómez Latorre, mi estimadísimo paisano, y el Sr. Martínez Reus.

Estas dos consideraciones, aparte de la falta de medios para producirme en otros términos, han de limitar las proporciones que he de dar a mi intervención.

Fué, en efecto, una verdadera suerte que de Zaragoza viniera a Madrid D. Joaquín Ibarra. Fué lo de la parábola del grano de trigo: el pájaro va volando con el grano en el pico, cae el grano en un terreno por labrar y aquel grano es, después, la espiga que se convierte, más tarde, en el granero que, en definitiva, es sustento de los pueblos.

Ibarra vino a Madrid, donde el arte tipográfico, en aquella época, no había alcanzado el progreso de otras naciones; y primero en la calle de las Urosas,

y después en la de la Gorguera, hoy Núñez de Arce, estableció su imprenta, de donde irradió para toda España y aún para todo el mundo.

Ibarra, a quien hay que considerar, teniendo en cuenta la época en que vivió, con la imprenta en su estado rudimentario, con la prensa de madera, haciendo o poco menos, en casa la fundición de los tipos y las tintas; Ibarra colocó el arte tipográfico en España a una altura verdaderamente extraordinaria, que mereció el aplauso no solo de los nacionales sino de los extranjeros. Fué el grano de trigo de que hablaba antes; y a Ibarra le debemos mucho porque perfeccionó la imprenta, sin la cual no hubiera sido posible progreso alguno o, por lo menos, se hubiera retrasado en muchísimos años toda la obra de la civilización. Ibarra, haciendo sus tintas inmejorables, satinando el papel, estableciendo reglas exactas para la composición del molde, introdujo una verdadera revolución en la imprenta. Hizo primorosas ediciones, de las que después hablarán, seguramente, el Sr. Cotarelo, y otros de los que han de seguirme en el uso de la palabra; y aun después de muerto Ibarra, su viuda, doña Manuela Contera, siguió trabajando con igual entusiasmo, en el que la siguieron sus hijos hasta el año 1836 en que, definitivamente, se cerró la imprenta. Prueba de este entusiasmo por la tipografía está en un libro que hace poco llegó a mi poder, *El arte de los Alcaldes*, impreso en 1796, ocho o diez años después de la muerte de D. Joaquín Ibarra.

y poco antes de la muerte de doña Manuela Contera. Pues, a pesar de los años transcurridos desde su impresión, y de su mucho uso, se conserva como si estas circunstancias no concurrieran, y tiene un papel que aun hoy se podría envidiar, y una clarísima estampación y está maravillosamente impreso. Y es que el genio de Ibarra se había perpetuado en su casa.

Este libro lo he traído al Ayuntamiento con el propósito de donarlo a la Biblioteca municipal en la que no existe ningún ejemplar del mismo.

Creo que el Ayuntamiento, acogiendo la iniciativa del Sr. Francos Rodríguez, a quien se debe esta fiesta, ha realizado una obra eminentemente patriótica. Yo felicito al Sr. Francos Rodríguez, que va siendo ya raro que haya personas que, como él en esta ocasión, cuiden del pasado, de la tradición, para ofrecerle al presente como estímulo para el porvenir. Y felicito a la Corporación municipal, que tomó el acuerdo, y, muy especialmente, al dignísimo Secretario, Sr. Ruano, que ha puesto todo su interés en este homenaje, con la colaboración del Sr. Fuente (cuya ausencia lamento doblemente porque obedece a su mal estado de salud), y del Sr. Machado, ilustre poeta, de quien tengo los mejores recuerdos desde que fui Ministro de Instrucción pública.

Termino, señores, dando gracias a todos por la bondad con que me habéis escuchado y por vuestra asistencia a este acto, del que se enorgullece el Ayuntamiento. (*Aplausos.*)



*Franco Rodríguez (Excmo. Sr. D. José).*

Voy a limitarme a expresar ante vosotros los móviles que me guiaron para aceptar la sugestión amable e instructiva que me hizo Juan José Morato. Siendo yo Concejal de este Ayuntamiento, recibí su inspiración para que se dedicase a Joaquín Ibarra un recuerdo, y acepté la iniciativa por los motivos que procuraré exponer del modo más breve que me sea posible.

Es verdad, como acaba de decir el Sr. Alcalde en palabras para las cuales tengo una profunda gratitud, que fué Ibarra un impresor descollante durante el siglo XVIII en España, y, acaso y, sin acaso, el mejor impresor de nuestro país y uno de los más excelsos de Europa; es verdad, como os demostrarán luego en lecturas substanciosas, que de sus talleres salieron 2.500 o 2.600 libros, muchos de los cuales se pueden presentar en esta época como modelos del arte tipográfico; pero no voy a tratar de nada de eso. Ni el sentido del arte de la tipografía, ni el sentido histórico, ni el mérito verdaderamente intrínseco de Ibarra me movieron a hacer la propuesta que hoy, al cabo de los años,—creo que van transcurridos cinco,—tiene esta realidad digna de aplauso. Lo que me movió fué el deseo constante en mí de que el Ayuntamiento de Madrid responda a sus tradiciones, que, en vez de



entregarse a luchas que en muchas ocasiones no proporcionan beneficio alguno, vuelva los ojos a su legítima condición: la de regir los destinos de la capital de España, la de ser intérprete exacto, devoto de todo el valer, de todo el positivo valer de nuestra Patria. En eso mismo de la imprenta queda bien definido con qué sinrazón, muchas veces hostigados por espíritu de partido, alentados por pequeñeces del alma, se dice que nuestra Patria carece del vigor y de la energía precisos para presentarse en rueda con los países cultos.

El funcionamiento de la imprenta, con todo el alcance que hace poco glosaba el Sr. Alcalde, ha sido en las manos de España uno de los elementos civilizadores que podemos presentar en favor de la lozanía, de la vitalidad de nuestro país. A toda América llevó España la imprenta, y un siglo antes de que en la parte de América inglesa, que hoy se llaman los Estados Unidos, hubiese libros impresos, manos españolas, tipógrafos españoles, espíritu español, imprimían por centenares los libros, y no los libros de prosa castellana, sino los libros de dialectos indios, que servían como intermedio para que la civilización española se trasladara a aquellas tribus salvajes, y aún dentro de la emulación que hubo en los siglos XVI, XVII y XVIII, en cuanto al arte tipográfico España puede vanagloriarse del papel que desempeñó.

No olvidaré nunca una visita hecha a Amberes. Asistí al museo Plantín y allí evoqué las grandezas es-

pañolas. En Amberes, precisamente en un país donde durante muchos años dominamos, se tenía vivo recuerdo de lo que había sido la imprenta española, la tipografía española, nuestra actividad en este ramo del trabajo. Y somos nosotros, los españoles, los que, con frecuencia, olvidamos nuestra verdadera acción o la combatimos con esta especie de orgullo increíble que se apodera de muchos de nuestros compatriotas obligándoles a decir que no representamos nada en el mundo, que vamos a la zaga de todas sus grandezas, que no tenemos ningún título para la consideración mundial. Por esta razón, por creer que Madrid tiene el deber de ser intérprete de todos los valores legítimos de España, traje al Ayuntamiento la proposición por la cual se había de colocar una lápida en la casa donde estuvieron los talleres de Ibarra. Y ahora vosotros, los que en distintas disciplinas mentales y en distintas actividades de la sociedad tenéis la obligación y los medios para transmitir ideas al pueblo de Madrid, hacedle entender lo que significa eso; hacedle ver que eso significa, entre otras cosas, que cuando Bélgica, Italia, Francia, Alemania, presentan al mundo como modelos tipógrafos suyos y que en los tiempos presentes se invocan como algo extraordinario, España puede hacer lo mismo con Ibarra y aun con algunos otros impresores que, en su día, serán, como ahora lo es Ibarra, ensalzados.

Yo aprovecho la ocasión para decir al Sr. Alcalde que celebraría muchísimo (ya que cuenta con elemen-

to tan valioso como el Secretario, con actividades intelectuales como las de Fuente y Machado y las de algunos otros—el nombre de Millares viene a mis labios—, que pueden ofrecerle un concurso activo, inteligente y eficaz) que arrostrara el empeño de crear en Madrid el Museo municipal, a fin de que, cuando los extranjeros lleguen a la capital de España después de haber visitado Amberes, Venecia, París, Berlín, Hamburgo y Leipzig, podamos llevarlos a ese Museo nuestro para decirles que también en España se hicieron estampaciones prodigiosas, que también en España se compusieron libros de verdadera maravilla, que nosotros no sólo hemos tenido a Cervantes y a su *Quijote*, sino que hemos tenido artífices que le supieron imprimir como lo imprimió Ibarra en los ejemplares que salieron de sus talleres. A la vez sería conveniente que el Ayuntamiento dedicara a la tipografía toda aquella atención que justamente merece. Precisamente, el Ayuntamiento se ha distinguido por su imprenta de una manera extraordinaria. No serán de seguro estímulos políticos los que me muevan a ensalzar esta institución municipal, porque, acaso, justicias sí, pero favores no los he recibido de las personas eminentes que en esos talleres figuran; pero la justicia no anda buscando la filiación de las gentes a quienes se ha de aplicar. Y yo digo que la Imprenta municipal debiera ser algo verdaderamente extraordinario en las actividades del Ayuntamiento de Madrid por su historia, por su tradición y por el recuer-

do del pasado. En suma, el Ayuntamiento de Madrid ha de recoger e impulsar todos los alientos poderosos de la Patria, el Ayuntamiento de Madrid no pregunta a nadie cuáles son sus estímulos locales, porque sabe que de todos ha de recoger el espíritu general, y yo, al saludar a esta concurrencia y al evocar ahora la memoria de Ibarra, no me acuerdo de si Ibarra fué aragonés—que sí lo fué—, ni me acuerdo si brilló en Madrid—que sí brilló—, me acuerdo solamente de que es una gloria española y que los madrileños, antes que madrileños, somos hijos de España. (*Grandes aplausos.*)



## *Cotarelo (Excmo. Sr. D. Emilio).*

SEÑORES: La Real Academia Española se asocia con íntima satisfacción a este noble y simpático homenaje, con tanto mayor motivo cuanto que Don Joaquín Ibarra fué durante su vida el impresor titular de ella; honor que gozaron mucho tiempo la viuda y sucesores inmediatos, hasta que la casa vino a disolverse o a extinguirse. Ibarra hizo para la Academia las primeras y más hermosas ediciones de su *Diccionario* usual (1), de su *Gramática* extensa, de su *Ortografía* (2) y otras muchas obras (3) y la Academia, en fin, le dió ocasión y medios para elevar a la tipografía española el más excelso monumento que hasta entonces habían visto los nacidos; esa edición soberana del *Quijote*, que forma hoy uno de los más exquisitos ornamentos en toda buena biblioteca.

El origen de esta edición fué que, habiendo leído D. Vicente de los Ríos, en varias juntas de la Academia un elogio de Cervantes y juicio de sus obras, se acordó, a propuesta del Secretario D. Francisco Antonio de Angulo, «hacer una impresión correcta y magnífica de *Don Quijote*»; en papel marquilla y en tomos en cuarto, con láminas originales, inventadas y dibujadas con la mayor propiedad, «abiertas por los mejores profesores de la Academia de San Fernando, y con los demás adornos corres-

pondientes, para que en todas sus partes tenga esta edición la perfección posible (4)». Son palabras textuales del acta académica, que se fueron ejecutando en los años sucesivos hasta el de 1780 en que salió al público obra tan espléndida (5).

Se cotejó el texto con mucho esmero, teniendo a la vista las ediciones de 1605 y 1608 para la primera parte, y la de 1615, que es la primitiva, para la segunda, corrigiendo el sinnúmero de erratas que infestaban las ediciones corrientes; se añadieron la *Vida de Cervantes*, el *Análisis del «Quijote»* y un *Plan cronológico* del mismo, obra todo del ya citado académico D. Vicente de los Ríos. Esto en cuanto a lo literario.

Para lo material de la empresa se mandó fabricar en Cataluña papel de hilo, especial, suave y apacible a la vista y dócil al tacto; se fundieron nuevas varias clases de tipos de letra muy clara, gallarda y adecuada al tamaño del libro, que es en cuarto mayor y consta de cuatro volúmenes.

Y para lo artístico de la obra la misma Academia eligió, de entre 66 propuestos, los 33 asuntos de las láminas que habían de darse a los dibujantes y grabadores. La Real Academia de San Fernando fué la que, al fin, designó los artistas, los mejores que había entonces en España. Y ¡qué nombres! Castillo, Carnicero, Arnal, Selma, Carmona, Montaner, Ballester, Fabregat, Brieva y otros muchos (6). Con igual esmero se trabajaron las cabeceras, letras

iniciales y otros adornos finales de las varias secciones de la obra. Por primera vez apareció lo que entonces se creyó ser retrato antiguo de Cervantes, por generosa donación del original (un lienzo del siglo xvii) que hizo a la Academia el Sr. Conde del Aguila.

Para las cabezas de las figuras se modelaron multitud de tipos y personajes tomados del natural cuando fué posible (7); para los trajes y accesorios se utilizaron los cuadros de los Reales Palacios, pues todavía no existía el Museo del Prado, y las armas y armaduras se copiaron de la riquísima colección de la Real Armería (8).

No defraudó Ibarra la confianza que en su pericia y buen gusto había depositado la Academia, y le entregó un libro que, como dice un crítico muy inteligente, es «una suntuosa edición española que con justo motivo puede enorgullecer a todo amante de las glorias patrias» (9).

Entonces consiguió Ibarra que la Academia, además del gran elogio que hizo de su arte (10), le expidiese el título que puso al pie de la portada del *Quijote*, de «Impresor de la Real Academia», aunque de hecho venía ya siéndolo desde 1770, lo menos (11).

Sobre este texto, bien que en menor tamaño, y siempre por obra de los Ibarra, se hicieron otras dos ediciones de la obra maestra de Cervantes, ambas muy lindas y manuales. Y cuando, pocos años después de su triunfo, falleció aquel benemérito impresor, la Academia Española registró en sus actas el



suceso como si se tratase de la muerte de un compañero. Copiaré las mismas palabras del documento que por su verdad y tierna sencillez valen más que un ampuloso panegírico. Decía así el Secretario, en la sesión ordinaria del 15 de noviembre de 1785:

«Dí cuenta a la Academia de que el día 13 del corriente había muerto su impresor D. Joaquín Ibarra. La Academia, en atención a su distinguido mérito en su profesión y al particular esmero con que siempre la sirvió, acordó que continúe la Casa haciendo las impresiones que ocurran a la Academia, a cuyo fin se despache nuevo título en cabeza de la Viuda e Hijo del difunto Ibarra, y también acordó se mandasen decir cincuenta misas por su alma.»

¡Ah, señores! Hoy un buen impresor suele ser un caballero rico, bien relacionado, a veces influyente; y sabe que a su muerte no han de faltarle elogios públicos, desde luego merecidos, aunque él no sea perito en el arte. Pero en el siglo XVIII un buen impresor, aunque fuese Ibarra, no era más que un pobre tipógrafo, cuyo fin y muerte nadie o casi nadie (12) se acordaría de conmemorar dignamente. La Academia Española, sin embargo, en su breve pero autorizado elogio fué la primera que supo anticiparse al homenaje grande, público y solemne que hoy le rinde el Ayuntamiento de la capital de España; de España, madre fecunda de hombres insignes, muchas veces injustamente condenados al olvido. *(Grandes aplausos.)*

## Notas al discurso anterior

(1) Los «Diccionarios» de la Academia que imprimió Ibarra fueron los siguientes:

**Diccionario de la lengua castellana** compuesto por la Real Academia Española.—Segunda impresión, corregida y aumentada.—Tomo primero, A-B. (Divisa de la Academia.) Madrid. Por D. Joaquín Ibarra, Impresor de Cámara de S. M.—MDCCLXX.—Folio, tres hojas prels. y LXII-552 págs.—Es reimpression muy aumentada del primer tomo del Diccionario llamado de «Autoridades».

**Diccionario de la lengua castellana** compuesto por la Real Academia Española, reducido a un tomo para su más fácil uso.—(Emblema de la Academia.) Madrid. Por D. Joaquín Ibarra, impresor de Cámara de S. M. y de la Real Academia.—MDCCLXXX.—Folio, cuatro hojas prels., 953 págs., más doce hojas de apéndice con adiciones.—Es la primera edición del «Diccionario» llamado usual o vulgar, por el que se ha reimpreso muchas veces.

**Diccionario de la lengua castellana** compuesto por la Real Academia Española, reducido a un tomo para su más fácil uso.—Segunda edición, en la qual se han colocado en los lugares correspondientes todas las voces del suplemento que se puso al fin de la edición del año 1780, y se ha añadido otro suplemento de artículos pertenecientes a las letras A, B y C. (Emblema.) Madrid. Por D. Joaquín Ibarra, Impresor de Cámara de S. M. y de la Real Academia.—MDCCLXXXIII.—Folio, tres hojas prels., 968 págs. y seis más de apéndice.

**Diccionario de la lengua castellana** compuesto por la Real Academia Española, reducido a un tomo para su más fácil uso.—Tercera edición... (Emblema.) Madrid, por la Viuda de Don Joaquín Ibarra, Impresora de la Real Academia.—MDCCLXXXI (1791).—Folio, cuatro hojas prels. y 867 págs.

**Diccionario de la lengua castellana** compuesto por la Real Academia Española, reducido a un tomo para su más fácil uso.—Quarta edición. (Emblema.) Madrid. Por la Viuda de Don Joaquín Ibarra, Impresora de la Real Academia.—MDCCCIII.—Folio, tres hojas prels. y 929 págs.

(2) Las ediciones de la «Gramática», hechas por los Ibarra, fueron:

**Gramática de la Lengua Castellana**, compuesta por la Real Academia Española. (Emblema.) Madrid, por D. Joaquín de Ibarra, Impresor de Cámara de S. M.—M.DCC.LXXI.—4.º, siete hojas prels. y xxii-376 págs. Lindísima impresión en excelente papel de hilo.

**Gramática de la Lengua Castellana...**—Segunda impresión. (Emblema.) Madrid, por D. Joaquín de Ibarra, Impresor de Cámara de S. M.—MDCCLXXII.—8.º, siete hojas prels. y xxii-384 págs.

**Gramática de la Lengua Castellana...**—Tercera impresión. (Emblema.) Con superior permiso.—En Madrid. Por D. Joaquín de Ibarra, Impresor de Cámara de S. M. y de la Real Academia.—MDCCLXXXI.—8.º, siete hojas prels. y xxi-384 págs.

**Gramática de la Lengua Castellana** compuesta por la Real Academia Española.—Cuarta edición corregida y aumentada. (Emblema.) Con superior permiso.—Por la Viuda de Don Joaquín Ibarra, Impresora de la Real Academia.—Madrid, MDCCXCVI.—8.º, cuatro hojas prels. y xxv-479 págs.

Estas «Gramáticas» no comprendían la «Ortografía» que la Academia imprimió aparte desde 1741 en que hizo la primera edición. La segunda es de 1754 y la tercera de 1763. Las hechas por los Ibarra, son éstas:

**Ortografía de la Lengua Castellana**, compuesta por la Real Academia Española.—Quarta impresión, corregida y aumentada. (Emblema.) Madrid, por D. Joaquín de Ibarra, Impresor de Cámara de S. M.—M.DCC.LXX.—8.º, seis hojas prels. y xx-254 págs. y nueve planchas de diversas clases de escritura. Hermosa edición que forma juego con la primera de la «Gramática», impresa al año siguiente, como se ha visto.

**Ortografía de la Lengua Castellana...**—Quinta impresión, corregida y aumentada. (Emblema.) Madrid, por D. Joaquín de Ibarra, Impresor de Cámara de S. M.—M.DCC.LXXV.—8.º, seis hojas prels. y xx-254 págs. y nueve planchas de escritura.

**Ortografía de la Lengua Castellana...**—Sexta impresión, corregida y aumentada. (Emblema.) Madrid, por D. Joaquín Ibarra, Impresor de Cámara de S. M. y de dicha Real Academia.—M.DCC.LXXIX.—8.º, dos hojas prels. y xii-204 págs. y nueve láms.

**Ortografía de la Lengua Castellana...**—Séptima impresión, corregida y aumentada. (Emblema.) Madrid, en la Imprenta de la

Viuda de Ibarra.—M.D.CC.LXXXXII (1792).—8.º, dos hojas prels. y xii-208 págs. y nueve láms.

(3) Como las siguientes:

**Oración fúnebre**, que en las exéquias que celebró la Real Academia Española por el alma del Excmo. Señor Duque de Alba, su difunto Director, el día 3 de enero de 1777..., dixo D. Joseph Vela... Académico de número de la misma Real Academia.—Madrid. Por D. Joaquín Ibarra, Impresor de Cámara de S. M.—Con Real permiso.—4.º, una hoja prel. y 40 págs.

**Oración de la Real Academia Española al Rey nuestro señor**, con motivo del feliz nacimiento del Infante. (Emblema.) Madrid.—MDCCLXXX.—Por D. Joaquín Ibarra, Impresor de Cámara de S. M. y de la Real Academia.—Folio, una hoja prel. y xiv págs.

**Las naves de Cortés destruidas**.—Canto premiado por la Real Academia Española, en Junta que celebró el día 13 de agosto de 1778. Su autor, D. Joseph María Vaca de Guzmán.. (Escudete de Ibarra.) Madrid, por D. Joaquín Ibarra, Impresor de Cámara de S. M.—Con superior permiso.—Folio, una hoja prel. y 21 págs.

**Granada rendida**.—Romance endecasílabo premiado por la Real Academia Española. En Junta que celebró el día 22 de Junio de 1779.—Su autor, Don Joseph María Vaca de Guzmán.. (Escudete de Ibarra.) Madrid. Por D. Joaquín Ibarra, Impresor de Cámara de S. M. y de la Real Academia.—Con superior permiso.—Folio, una hoja prel. y 22 págs.

**La toma de Granada por los Reyes Católicos D. Fernando, y D.<sup>a</sup> Isabel**.—Romance endecasílabo impreso por la Real Academia Española, por ser entre todos los presentados el que más se acerca al que ganó el premio.—Su autor, D. Efren de Eardnaz y Morante (D. Leandro F. de Moratín).—Madrid.—MDCCLXXIX. Por D. Joaquín Ibarra, Impresor de Cámara de S. M. y de la Real Academia.—Con superior permiso.—Folio, una hoja prel. y 22 págs.

**Batilo**.—Égloga en alabanza de la vida del campo, premiada por la Real Academia Española, en Junta que celebró el día 18 de Marzo de 1780.—Su autor, Don Juan Meléndez Valdés. (Escudete de Ibarra.) Madrid.—MDCCLXXX.—Por D. Joaquín Ibarra, Impresor de Cámara de S. M. y de la Real Academia.—Con superior permiso.—Folio, una hoja prel. y 24 págs.

**La felleidad de la vida del campo**.—Égloga, impresa por la Real Academia Española, por ser entre todas las presentadas la que

más se acerca a la que ganó el premio.—Su autor Don Francisco Agustín de Cisneros (D. Tomás de Iriarte).—Madrid.—MDCCLXXX. Por D. Joaquín Ibarra, Impresor de Cámara de S. M. y de la Real Academia.—Con superior permiso.—Folio, una hoja prel. y 22 págs.

**Sátira contra los vicios introducidos en la poesía castellana**, premiada por la Real Academia Española, en Junta que celebró el día 15 de octubre de 1782.—Su autor Don Juan Pablo Forner... (Escudete de Ibarra.) Madrid.—MDCCLXXXII.—Por Don Joaquín Ibarra, Impresor de Cámara de S. M. y de la Real Academia.—Con superior permiso.—Folio, una hoja prel. y 34 págs.

**Leección poética**.—Sátira contra los vicios introducidos en la poesía castellana. Impresa por la Real Academia Española, por ser entre las presentadas la que más se acerca a la que ganó el premio. Su autor, D. Melitón Fernandez (D. Leandro F. de Moratín.) (Escudete de Ibarra.) Madrid.—MDCCLXXXII.—Por Don Joaquín Ibarra, Impresor de Cámara de S. M. y de la Real Academia.—Con superior permiso.—Folio, dos hojas prels. y 32 págs.

**Oraación de la Real Academia Española al Rey nuestro señor, D. Carlos III (IV)**, con motivo de su exaltación al trono. (Emblema.) En Madrid. En la Imprenta de la Academia. Por la Viuda de Ibarra, Hijos y Compañía.—MDCCLXXXVIII.—Una hoja prel. y VIII págs.

**Fundamento del vigor y elegancia de la lengua castellana**..., por el presbítero D. Gregorio Garcés. Impreso a expensas de la Real Academia Española, a quien la dedica el autor.—Madrid.—MDCCLXXXI (1791).—En la Imprenta de la Viuda de Ibarra.—4.º, dos vols. de dos hojas prels. y XXII-288 págs. el primero, y XXII-324 págs. el segundo.

**Respuesta de la Real Academia Española al discurso que pronunció en su Junta de XIII de enero de MDCCCI, el ciudadano Arnault**, miembro del Instituto Nacional de Francia y Director de la instrucción pública.—Madrid.—MDCCCI.—En casa de la Viuda de Ibarra.—8.º, una hoja prel. y XIV págs. Texto español y francés.

**Elogio del excelentísimo señor Marqués de Santa Cruz**, Director de la Real Academia Española, leído en la Junta de II de noviembre de MDCCCII, por Don Nicasio Álvarez Cienfuegos, Oficial de la primera Secretaría de Estado, Académico de número. (Escudete de Ibarra.) Madrid.—MDCCCII.—Por la Viuda de D. Joaquín Ibarra.—8.º, una hoja prel. y 31 págs.

(4) Acta de la Junta del 11 de marzo de 1773.

(5) **El ingenioso hidalgo Don Quixote de la Mancha.** Compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra.—Nueva edición corregida por la Real Academia Española.—Parte primera.—Tomo I.—Con superior permiso.—En Madrid, por D. Joaquín Ibarra Impresor de Cámara de S. M. y de la Real Academia.—MDCCLXXX.—4.º mayor, tres hojas prels, XIV-CCXXIV-199 págs. y ocho láms. y un mapa.—Tomo II, tres hojas prels. 418 págs. y diez láms.—Tomo III, parte segunda, dos hojas prels. XIV-306 págs. y ocho láms.—Tomo IV, tres hojas prels. 346 págs. y diez láms.

El Tomo I, después de la portada, lleva la Real licencia, el prólogo de la Academia, la «Vida de Cervantes» y el «Análisis del Quijote», obra de Ríos, y los preliminares de la primera edición de la novela.

(6) Fueron los siguientes. Dibujantes: D. Antonio Carnicero, don J. del Castillo, D. Pedro Arnal, D. Bernardo Barranco, D. José Brunete, D. Jerónimo Gil, D. Gregorio Ferro. Grabadores: D. Fernando Selma, D. Manuel Salvador Carmona, D. Juan de la Cruz, don Francisco Muntaner, D. Joaquín Fabregat, D. Joaquín Ballester, D. Pedro Pascual Moles, D. Juan Barcelón, D. Jerónimo A. Gil. Para las viñetas y otros adornos dibujaron Carnicero, R. Jimeno y Cuesta, y grabaron D. Juan Minguet, D. Simón Brieva, D. M. Brandi, D. J. Palomino y D. J. Cruz. El mapa lo hizo D. Tomás López, famoso cartógrafo del tiempo.

(7) Estas cabezas existen todavía en la Academia Española, así como las planchas de las láminas, grabadas en cobre.

(8) Por lo que puede interesar a la bibliografía cervantina daremos el extracto de los acuerdos y actas académicas relativos a esta célebre edición del «Quijote»:

Acta del 4 de marzo de 1773: «Hizo presente el Sr. Ríos que tenía adelantado con alguna novedad el elogio de Miguel de Cervantes y pidió a la Academia le permitiese leerlo en ella.» Lo empezó a leer; continuó en la junta de 9 de marzo.

Acta del 11 de marzo: «Acabó de leer el Sr. Ríos su «Elogio» de Cervantes y el juicio de sus obras hasta donde lo tiene hecho. Y habiendo parecido a la Academia de singular mérito este trabajo, propuso el Sr. Angulo, sería de honor a la Academia y de mucho crédito a la nación hacer una impresión correcta y magnífica de «Don Quijote», que es la principal y más perfecta obra de Cervantes, añadiendo el trabajo del Sr. Ríos; porque servirá para descubrir las per-

fecciones de esta obra y para ilustrar varios pasajes de la vida de su autor. Que la edición se haga en papel de marquilla y en tomos en 4.º, con láminas inventadas para la propiedad de los trajes y abiertas por los mejores profesores de la Academia de San Fernando y con los demás adornos correspondientes, para que en todas sus partes tenga esta edición la perfección posible, respecto de que, siendo muchas las que se han publicado del «Don Quijote», no hay ninguna buena ni tolerable. Y habiendo parecido bien lo propuesto, acordó la Academia que el mismo Sr. Angulo lo haga presente, de orden de ella, al Sr. Marqués de Grimaldi (era primer Ministro de la Corona), solicitando por su medio el permiso del Rey para esta impresión.»

16 marzo: «Se vió la respuesta del Sr. Marqués de Grimaldi, de orden de S. M., a la súplica que hizo la Academia para que se dignase conceder la licencia para la impresión del «Don Quijote» en la forma y con la magnificencia que propuso, poniendo en ella la «Vida de Cervantes» y juicio de sus obras, dispuestos uno y otro por el señor D. Vicente de los Ríos.» Se copia la respuesta que se imprimió en los preliminares de la edición académica del «Quijote».

1.º abril: Se trata de la edición del «Quijote» y acuerda que la impresión se haga en cuatro tomos en 4.º Se eligieron los grados de letra que se han de usar, en esta forma: para la obra, la letra de «texto»; para la dedicatoria y el prólogo, la «parangona»; para los prolegómenos, la «atanasia», y para las pruebas de la vida de Cervantes y notas que lleve la obra, la letra «entredós». «Y habiendo reconocido la Academia por las muestras que ha enviado el impresor Ibarra, de varias clases de letra, que las fundiciones de todas ellas son muy defectuosas, acordó que los Sres. Angulo y Sánchez (D. Tomás Antonio), soliciten, a nombre de la Academia, con el Sr. D. Juan de Santander, Bibliotecario mayor del Rey e individuo de esta Academia, permita que de las matrices que tiene la Real Biblioteca, pueda hacerse una fundición de las letras elegidas por los oficiales de la misma Biblioteca, dirigidos por D. Jerónimo Gil, para que así se consiga en esta parte toda la perfección posible».

15 de junio: «Di cuenta de que habiéndose juntado los Sres. Larizábal, Ríos y yo (el Secretario) para reconocer los 66 sucesos de la historia de «Don Quijote» propuestos por el mismo Sr. Ríos para ponerse en estampas, habíamos elegido 33 como los más a propósito para esto, y que expresan con más viveza y propiedad el carácter de Don Quijote y de Sancho Panza; propusimos para grabadores de estas

33 láminas a D. Manuel Salvador Carmona, D. Jerónimo Gil, D. Francisco Montaner y D. Joaquín Ballester, dando ocho a cada uno, a excepción de Gil, quien ha de grabar también el frontispicio de la impresión. Para los dibujos propusimos a D. Fernando Selma, por ser el mejor y por estar desocupado, dándole los asuntos por escrito, con toda individualidad estudiados en la misma obra, para que así salgan los dibujos con la mayor perfección que sea posible. Que los retratos de Don Quijote, de Sancho y de las demás figuras se han de sacar igualmente de las pinturas que hace Cervantes, y que los trajes se arreglen en todo a los que se usaron en los siglos XVI y XVII, con otras particularidades que se explican en el papel que leí.» Fué aprobado y que se lleve a ejecución.

7 de octubre: «El Sr. Angulo dió cuenta de una carta del Conde del Águila, en la que responde a la que le escribió el Sr. Angulo en nombre de la Academia, pidiéndole un retrato que tiene de Miguel de Cervantes, por Alonso del Arco. El Conde ofrece remitírselo luego, y la Academia acordó se le escriban las gracias.»

2 de noviembre: La Academia, en consideración a las prendas del señor Conde del Águila y a la generosidad con que ha remitido un retrato de Cervantes que posee, para servirse de él en la edición del «Quijote», acordó admitirle como Académico honorario. Con fecha 13 el Conde da las gracias.

1774, 10 de mayo: «La Academia acordó se den al pintor Castillo 4.000 reales a cuenta de los dibujos que está haciendo para la nueva edición del «Don Quijote».»

13 de octubre: «El Sr. Lardizábal hizo presente que, habiendo tratado con D. Manuel Salvador y Carmona del precio a que podría abrir las nuevas láminas de que está encargado, para la edición de «Don Quijote», dijo que haría cada una por 50 doblones sencillos de a 60 reales de vellón; y que procuraría poner el mismo cuidado y esmero que en la del retrato de Cervantes, de que ha entregado un ejemplar. Y habiendo parecido muy bien a la Academia este ejemplar, y razonable el precio, se acordó que con un recibo suyo le pague el señor Tesorero estos 50 doblones por la que ha entregado, y que a su tiempo se vaya haciendo lo mismo con las que entregue, bajo el propio precio, aunque tengan más o menos trabajo, como estén hechas con el mismo esmero.»

1 de diciembre: «Se vió la cuenta que presentó Ibarra del papel que ha comprado de orden de la Academia para la impresión de «Don



Quijote», que son 600 resmas; e importando cada una al respecto de 60 reales en que se ajustó, 36.000 reales de vellón, acordó la Academia que pase esta cuenta al señor Tesorero para que satisfaga su importe, tomando recibo.»

1775, 9 de mayo: «Habiéndose visto la cuenta de la fundición de letra para la obra de «Don Quijote» presentada por D. Jerónimo Gil, acordó la Academia que pase la expresada cuenta y la fundición a D. Joaquín Ibarra para que la reconozca, y satisfecho que sea de su calidad y peso vuelva la cuenta a la Academia para pagar su importe a Gil. Asimismo acordó que el señor Tesorero dé 4.000 reales a D. José Castillo a cuenta de los dibujos que está haciendo para la obra de «Don Quijote».

30 de mayo: «Con motivo de tratarse de la impresión de «Don Quijote», encargó la Academia al Sr. Lardizábal escriba al Sr. Ríos (a Segovia) que envíe la «Vida de Cervantes» y el juicio de la obra de «Don Quijote».

6 de julio: «Don Joaquín Ibarra presentó la cuenta del importe del papel para las láminas de la obra de «Don Quijote», que ha costado 6.240 reales de vn.»

1.º de agosto: «Se vió en la Academia la cuenta presentada por D. Joaquín Ibarra, de la quinta impresión de la «Ortografía», que importa 8.742 reales.»

8 de agosto: «Dí cuenta (habla D. Juan Trigueros) de haber fallecido el día 6 de este mes el Sr. D. Francisco Antonio de Angulo, Secretario de la Academia, la cual, acordó se digan por su alma las cincuenta misas de sufragio que es costumbre.»

Este Sr. Angulo, fué, como se dijo, el iniciador y el alma del proyecto de edición monumental del «Quijote», que no logró ver realizada. Le sucedió en el cargo Don Juan Trigueros, que era Revisor y Contador de la Academia.

22 de agosto: Don Jerónimo Gil entregó una de las láminas del «Quijote», y se mandó pagarle por ella 40 doblones, «que es lo que ha pedido.»

1776; 31 de marzo: «Don Vicente de los Ríos leyó la «Vida de Cervantes», que ha compuesto para que se ponga en la nueva edición de «Don Quijote». La Academia la oyó con mucho gusto, y el Sr. Ríos volvió a recogerla, ofreciendo presentar después el manuscrito de su letra para que se proceda a su examen. Y para el mismo fin, ofreció también presentar, cuanto antes, las pruebas de dicha «Vida» y el juicio de las obras del autor, que está trabajando.

28 de marzo: Ríos entregó el manuscrito de la «Vida de Cervantes». Para revisarla se nombró una comisión; D. Fernando Magallón, presidente, y D. Ignacio de Hermosilla y D. Manuel de Lardizábal y Urive.

18 de junio: Como D. José Castillo, dibujante, pidiese más dinero a cuenta de los dibujos que estaba haciendo, se acordó preguntarle antes lo que ha de cobrar por cada uno de los hechos y de los que hiciese. En la junta siguiente, Lardizábal, encargado de hacer la pregunta, dice que Castillo quiere 20 doblones por cada uno. Se resolverá».

2 de julio: Se acordó que a Castillo se paguen a 20 doblones cada uno de los ocho dibujos que tiene entregados y que suspenda el hacer otros hasta nueva orden.

4 de julio: «Volvióse a tratar sobre las láminas de «Don Quijote» y se acordó que el académico Sr. D. Pedro de Silva y yo (Hermosilla), en nombre de la Academia, representemos a la de San Fernando (de la que eran individuos), el estado que tiene este negocio y le pidamos se encargue de disponer se hagan las láminas lo mejor, lo más breve y lo menos costoso que sea posible.»

9 de julio: Silva y Hermosilla dijeron que el día 7 hablaron en la Academia de San Fernando, y ésta aceptó la muestra de confianza y encargó a los mismos Silva y Hermosilla, llevasen, en nombre de las dos Academias este asunto.

1777, 4 de febrero: Se trajeron a la Academia muestras de planas para el «Quijote», hechas por Ibarra.

11 de febrero: Ríos leyó noticias sobre la patria de Cervantes

10 de abril: Se acordó que empiece Ibarra la impresión del «Quijote». Para la corrección de pruebas fueron designados Silva, Lardizábal, Mateos Murillo y Guevara Vasconcelos.

En la misma sesión se acordó imprimir el «Diccionario» en un solo volumen, que también hizo Ibarra muy bien y salió en 1780, el mismo año que el «Quijote».

11 de julio: D. Pedro de Silva presentó a la Academia una lámina de las nuevas para el «Quijote», que agradó mucho. Era dibujo de D. A. Carnicero, y grabada por Montaner.

15 de julio: Ríos envió el mapa de los viajes del «Quijote».

27 de noviembre: Habiendo pedido el impresor Ibarra que le diesen 20.000 reales a cuenta del papel que ha traído para la impresión del «Diccionario», fué acuerdo entregárselos.

Se trajeron capillas de la impresión del «Quijote», hasta el pliego M inclusive. Era más de la mitad del tomo primero.

1778, 8 de enero: La impresión del «Quijote» iba ya en el pliego S, casi al final del tomo primero.

28 de abril: Se leen en sesión las variantes comprobadas del «Quijote».

2 de julio: Se acuerda que de las láminas del «Quijote» no se tiren «por ahora» más que 300 ejemplares, y que a Ibarra se den 50 000 reales a cuenta del papel que ha traído para el compendio del «Diccionario» y la obra de «Don Quijote».

7 de julio: Se sacaron del arca otros 50.000 reales para Ibarra.

27 de agosto: Se trajeron capillas del segundo tomo del «Quijote», hasta la signatura V-2 (pág. 155).

1779, 1 de febrero: Estaban ya tirados los dos primeros tomos del «Quijote».

1 de junio: A propuesta del señor Director la Academia «nombró por su impresor a D. Joaquín Ibarra, en atención a su notoria habilidad y a haber hecho hasta ahora, a satisfacción de la Academia, todas las impresiones que se le han encargado, y acordó se le despachase el título correspondiente».

Véase lo que decimos más adelante sobre esto.

8 de junio: «Hice presente que el día 2 del corriente falleció el señor D. Vicente de los Ríos, Académico de número.» Se manda decir las misas de costumbre. La última junta a que había asistido fué la de 18 de marzo.

Tampoco Ríos, el principal ejecutor del proyecto, logró ver terminada la obra, aunque sí ya impreso su particular trabajo biográfico y crítico.

1780, 9 de marzo: «Se trajeron a la Academia las capillas del tomo cuarto del «Quijote» y los últimos pliegos del «Diccionario».

30 de marzo: El Secretario de la Academia leyó el «Prólogo» que se había de poner al «Quijote», y fué aprobado.

2 de mayo: Se presentó el mapa del «Quijote», hecho por D. Tomás López, según el diseño de Ríos. Se acordó dar a López 600 doblones (3.600 reales).

1781; 9 de enero: «Leí la cuenta presentada por D. Joaquín Ibarra, del coste que ha tenido la impresión del «Quijote»; en cuya vista, y del coste que han tenido las láminas, adornos y demás gastos que se han hecho para dicha obra, acordó la Academia que se venda

cada juego a veinte pesos sencillos (80 pesetas) en papel.» No dice el acta cuánto costó ni los ejemplares que se tiraron; pero no bajaría de doce mil duros. La tirada debió de ser corta a juzgar por lo escasos que son los ejemplares en el comercio. Juzgamos que se tirarían unos 1.500 ejemplares, porque en 1781 había en los almacenes de la Academia mil «Quijotes».

23 de enero: «Presenté dos muestras para la impresión que ha resuelto hacer la Academia, del «Quijote», en cuatro tomos en 8.º, y escogió la letra grande para el texto y la chica para la «Vida de Cervantes» y el «Análisis». Acordó que se haga la impresión en el papel de la muestra; sin láminas (por fin se pusieron algunas) con sólo el retrato de Cervantes. Que se tiren cuatro mil ejemplares, y que cuando se presente al Rey el «Quijote» grande, se pida licencia para la impresión del pequeño y de todo se dé cuenta al Director» que estaba en París. Se trata de la primera reimpresión del «Quijote», hecha también por Ibarra en 1782, por haber resultado muy escasa la tirada del de 1780 y ponerlo al alcance de compradores pobres.

27 de febrero: Se da cuenta de haberse presentado al Rey y demás personas reales el «Quijote»; que el Rey lo había mostrado a los Embajadores extranjeros que habían asistido aquel día a la Corte quienes también lo ponderaron mucho, así como otros personajes cortesanos.

También se acordó dar veinte doblones a D. Joaquín Ibarra «para que gratifique a los oficiales que han trabajado en la impresión del «Quijote.»

29 de mayo: «Leí una carta de una de las hermanas (eran religiosas) del Sr. Ríos, en que da gracias a la Academia, en su nombre y en el de su hermana, por los dos juegos del «Quijote» que les regaló.»

La encuadernación antigua de los ejemplares que hay, así del «Quijote» grande como del pequeño de 1782, fué hecha en los talleres de D. Antonio de Sancha.

(9) Ríos, «Bibliogr. crit. de las obras de Mig. de Cerv.», I, 41.

(10) En el prólogo del tomo I, pág. VII, se escriben estas palabras, en elogio de «D. Joaquín Ibarra, impresor de Cámara de S. M. y de la Academia, quien antes de ahora tenía muy acreditada, dentro y fuera de España, su sobresaliente habilidad en el arte de la imprenta, con las buenas ediciones que han salido de su oficina, y par-

tualmente con la excelente y magnífica del «Salustio» hecha a expensas del Serenísimo Sr. Infante (D. Gabriel.)»

(11) La facultad concedida a la Academia de nombrar impresor titular, está en la Real Cédula de creación de ella, de 3 de octubre de 1714. Fueron sucesivamente impresores de la Academia: José Rodríguez y Escobar, desde 4 de noviembre de 1714; Francisco del Hierro, en cuyo tiempo se imprimió el «Diccionario de Autoridades», desde 18 de octubre de 1725 a 1759 en que falleció; Antonio Pérez de Soto, desde 17 de enero de 1760; «D. Joaquín Ibarra», desde 3 de junio de 1779, en que se le expidió el título, a 1785; la viuda e hijos de Ibarra, cuyo título recibieron en 15 de noviembre de 1785. La viuda se llamaba Doña Manuela Contera, y tenía aún la imprenta y venta de libros de la Academia en 1796.

En 28 de enero de 1817 se expidió título de «Impresor de la Academia» a favor de D. Andrés Ponce, Regente de la Imprenta Real, que había dirigido la estampación de los libros de la Academia varios años en dicha imprenta.

(12) El «Mercurio» publicó un breve artículo a raíz de la muerte de Ibarra, escrito por D. José Clavijo y Fajardo.

## *Morato (Sr. D. Juan José).*

Pocas palabras, o mejor dicho, pocas líneas. El Ayuntamiento de Madrid escribe hoy una hermosa página en la historia, no de la Villa, ni aun de la España, sino de la civilización.

Ha sabido ser grande de veras. ¡Enhorabuena al Alcalde, a los Concejales, y, todavía más, a los hombres del Concejo que permanecen secundando al ilustre Secretario! El homenaje es digno de Ibarra. Lo es por esta sesión, lo es por la lápida que va a ser descubierta, lo es por el óptimo libro que escribiera y estampara, *La Villa*, y lo es, sobre todo, por haber acertado a reunirnos aquí en cordial comunión, *para colaborar*, a patronos y obreros, a la alta representación de la intelectualidad y a los artífices que con sus manos libran al pensamiento y a la belleza literaria de la doble tiranía del tiempo y del espacio.

En estos fugaces momentos de emoción—momentos inolvidables por su grandeza—no hay entre nosotros ni condiciones sociales, ni categorías, ni rangos. Somos todos iguales, uno mismo, porque todos estamos honrando a lo que, en realidad, representa Ibarra: al trabajo fecundo, redentor, creador de bien y de belleza. Este momento es parecido de hecho, o sea, salvando lo que tiene de solemne y

transitoria esta reunión, al taller de Ibarra, que era lugar de cooperación cordial en labor grata, si no miente la tradición.

Y de esta tradición voy a hablar, pidiendo perdón por hacerlo en primera persona. No hay otro remedio por tratarse de noticias vagas «oídas», que acaso nadie más que yo conoce.

Hacia el año 1879 o 1885, en mis días de aprendizaje, trabajé con un prensista madrileño casi octogenario, como que era ya mozalbete cuando fué ahorcado el General Riego.

Conoció la casa de los sucesores de Ibarra, o comenzó el oficio en la imprenta de Burgos, discípulo de Sigüenza y Vera y antiguo regente de la imprenta de los descendientes del gran tipógrafo, y de chico y de mozo, charló con setentones que habían trabajado en la imprenta del *Maestro*, que así le llamaban.

Por lo que oyera a los viejos operarios de cajas y de prensas, D. Joaquín Ibarra—siempre el *Maestro* en el recuerdo y en el lenguaje de aquellos hombres—, era exigente en la admisión de oficiales y no recibía muchacho alguno como aprendiz si no demostraba conocer regularmente la lengua latina, más las nociones que este saber implica. De oficiales prensistas y cajistas, pedía informes en los casos de duda—aunque el poco desarrollo de la imprenta hiciera a todos conocidos—; a los que pretendían un puesto de aprendiz, él mismo les interrogaba, y parece que el examen era rápido.

Retribuía bien al personal, no le agobiaba pidiéndole mucha producción, más sí requería esmero en el trabajo.

Y en todo momento recorría las cajas y las prensas, el tórculo, la librería—y de su casa salieron encuadernaciones maravillosas—y hasta los mechinales donde se fabricaban las tintas.

Corregía, enmendaba, aconsejaba y enseñaba, siempre con afecto y cariño de compañero, nunca con mandato de amo ni con empaque de maestro, y eso que lo era en cultura y en los oficios que componían su establecimiento.

Así el trabajo en aquella casa, mientras vivió el tipógrafo insuperado, era colaboración grata y placentera.

El viejo prensista que me dió las noticias que habéis oído, añadía un detalle esencial: que los operarios madrileños ansiaban trabajar en la imprenta de Ibarra porque en ella rara vez faltaba tarea y jornal por tanto, y porque ser operario de aquella casa, venía a constituir motivo de orgullo.

Y esto es todo lo que dice la tradición, o sea, lo que deshilvanadamente, y comparando tiempos con tiempos, oí hace más de cuarenta años a un oficial que aún manejó las *balas* para dar tinta y estampó en la primitiva prensa de madera a dos tiros.

Y pienso que contarle ni carece de interés ni de enseñanza. He dicho.





## *Atienza (Sr. D. Antonio).*

La veterana Asociación del Arte de Imprimir, cobijo y baluarte de los tipógrafos madrileños, se asocia de todo corazón al homenaje que hoy rinden a la memoria del impresor Joaquín Ibarra las entidades culturales y las obreras pertenecientes a las artes del libro.

Igual entusiasmo que hace pocos años pusimos en la conmemoración del tercer centenario de la publicación del *Quijote* y de su impresor, Cuesta, ponemos ahora que se trata de perpetuar el recuerdo del aragonés Ibarra, cuyos libros conservan aun hoy, al cabo de centuria y media de rodar por el mundo, la frescura y la brillantez de cuantas obras produjeron los tórculos de aquel meritísimo impresor, quien seguramente no pensó nunca en que la posteridad había de grabar su nombre en las paredes del solar en donde estuvo su taller.

Los tipógrafos madrileños, enamorados de su arte, no pueden por menos de sentirse halagados hoy con este acto en su orgullo profesional, pues ellos, a despecho del mercantilismo ambiente, que no deja margen a la producción de grandes obras artísticas ni a la formación de obreros selectos, tratan de contrarrestar esa corriente de vulgaridad con los esfuerzos realizados por una modestísima Escuela de apren-

lices, creada por su Asociación años ha y sostenida casi a sus solas expensas.

Ya que la incuria y la ignorancia pretéritas nos hayan impedido tener un recuerdo material, tangible, del benemérito impresor Ibarra, conservando su taller en igual estado que cuando se hallaba en plena producción y mostrarlo orgullosos a los amantes del libro convertido en museo de las artes de la estampa, como Amberes tiene la suerte de poseer en su Museo Plantin, conformémonos con esta somera inscripción, que recuerde a todos, a eruditos y a tipógrafos, que existió en Madrid un impresor que antepuso al lucro el arte y se preocupó en primer lugar de producir obras bellas y perdurables.

Y para nosotros, trabajadores, acostumbrados a ver cómo se perpetúan en mármoles y bronces figuras y hechos totalmente reñidos con el progreso humano, estas conmemoraciones simbolizan el comienzo de una etapa histórica en que se asigna al trabajo su verdadero valor como factor social; porque nosotros creemos que sólo el trabajo, equitativamente conlevado por todos, habrá de redimir a los hombres de sus miserias y dolores.

## *Gómez Latorre (Sr. D. Matías).*

Muy pocas palabras, no sólo por mi falta de condiciones, sino porque tengo en cuenta que la hora avanza.

La minoría socialista tuvo la suerte de reproducir la iniciativa de mi antiguo amigo y compañero Morato y del Sr. Francos Rodríguez, y presentamos la moción referente a este homenaje, moción que el Ayuntamiento acogió benévolutamente. Después hemos sido sorprendidos, en cierta manera, por la solemnidad y la brillantez con que los señores Alcalde y Secretario de esta Corporación han realzado este acto.

Para hablar en él yo tengo una cierta autoridad: el privilegio triste de la edad. Llevo sesenta años largos de práctica tipográfica; veinte de compositor, diez o doce de corrector de pruebas y treinta y tantos de regente de imprenta. Puedo, pues, ostentar aquí el título de representante de los obreros de las artes gráficas, lo mismo de la Asociación del Arte de Imprimir, en cuyo nombre ha hablado Atienza, que de la Federación Gráfica Española, que abraza todos los ramos de la tipografía.

Nosotros, después de manifestar por mi humilde palabra el más profundo agradecimiento a todas las Corporaciones, a todas las representaciones que aquí

se congregan, muy especialmente a los señores Alcalde y Secretario, hemos de lamentar algo de lo que Atienza dice en sus cuartillas.

Se nos achaca a los obreros que dirijamos casi exclusivamente nuestros esfuerzos a la resolución del problema económico, procurando aumentos de salario. Esto es cierto; pero en manera alguna prescindimos de lo que el arte tipográfico representa, y así nos hemos preocupado de estudiar y conocer tipógrafos como aquel a quien se dedica esta sesión, y en época más moderna a D. Manuel Rivadeneyra, que, a más de tipógrafo distinguido, que elevó la imprenta a gran altura, hizo ese monumento literario que se titula *Biblioteca de Autores Españoles*; pero nos encontramos con que la clase patronal no se cuida, en realidad, de lo que el arte merece; no se cuida de la enseñanza de los tipógrafos, y admite en las imprentas los aprendices poco menos que analfabetos, como pudiera hacerse en otro oficio.

Nosotros, según ha dicho Atienza, tenemos una modesta Escuela de aprendices tipógrafos; pero no hemos podido llegar todavía a dar la enseñanza práctica, para la cual se necesita un taller y ciertos elementos de que nosotros carecemos. Para procurarnoslos hemos acudido a diversas Corporaciones, empezando por la Unión Patronal, que desde hace dos o tres años concede una subvención modesta. Pero esto no basta, y todavía no hemos podido, como digo, llegar a la enseñanza práctica.

Ya que ha indicado el Sr. Ruiz Jiménez la conveniencia de formar un Museo y hasta de elevar la Imprenta municipal a la categoría que merece, yo, como Concejal, en unión de mis compañeros de minoría, aprovecharé la iniciativa, esperando que la Alcaldía, los señores Concejales y el señor Secretario de la Corporación, han de prestarnos su concurso para obtener un feliz resultado.

Y termino repitiendo las más expresivas gracias, en nombre de la organización obrera, a todos cuantos han tomado parte en este homenaje.



## *Martínez Reus (Sr. D. Julián).*

Señor Alcalde Presidente, señores: Hay momentos de la vida en que el hombre se siente profundamente conmovido y yo me encuentro en uno de esos instantes, siendo mi emoción tan intensa que acaso supere a la hondísima que legítimamente embarga el ánimo de los elocuentísimos oradores e ilustres intelectuales que han contribuido al homenaje al gran Ibarra.

Por inmerecidas atenciones que constantemente me prodiga la Alcaldía Presidencia y el Concejo, me veo obligado a hablar en este acto. Esta designación la atribuyo, más que a mis dotes de competencia y de conocimientos—dotes de que, dicho sea sin falsa modestia, carezco—, a mi significación industrial, significación análoga a la de Ibarra, aunque sin el relieve que aquel gran impresor tuvo, no obstante disponer de los adelantos y progresos que el transcurso de los siglos ha aportado a esta industria.

¿Qué he de deciros después de los magníficos y elocuentes discursos que aquí han pronunciado los Sres Morato, Francos Rodríguez, Ruiz Giménez, Cotarelo y Atienza? Bien poco, realmente, y es lo siguiente: Fué Joaquín Ibarra un extraordinario innovador en nuestra industria y a él se debe la nombra-



día y el prestigio que la tipografía española adquirió en el extranjero. Y este fué el mérito innegable de Ibarra; que comenzó el ejercicio de su industria apenas sin recursos, y, al cabo de los años, supo elevar el nombre de España, no sólo dentro de los límites de nuestras fronteras, sino fuera de ellos. Suplió con los inagotables recursos de su ingenio y de su capacidad la carencia de medio con adelantos tales como el alisar el papel, el de graduar la tinta, cosa tan fácil ahora y aún cuarenta años después de muerto Ibarra mediante el uso de rodillos para entintar; por todo ello los impresos de Ibarra fueron estimadísimos, y en sus talleres, no sólo se hicieron impresos nacionales, sino también extranjeros. Además de estas excelentes cualidades, tenía Ibarra otras que indican su temperamento de hombre vidente, de industrial a la moderna. Ibarra participó en la constitución de aquella Compañía de Impresores y Libreros del Reino, y ello indica que Ibarra albergaba la idea moderna de la sindicación industrial y a no haberse seguido este camino trazado por el ilustre impresor se debe la decadencia de nuestra industria tipográfica, que no ha sabido o no ha querido marchar a compás de los grandes impresores del extranjero. Ibarra contribuyó a la transformación de aquella poderosa empresa del Real Monasterio de El Escorial para la fabricación de los libros de rezo, y hoy día, en vez de tener en nuestras manos el cetro de la supremacía en este aspecto somos tributarios e importadores del extranjero.

Ibarra, percatándose de la necesidad suprema de aunar el esfuerzo capitalista y el amparo y la defensa de los obreros—cosa que ha expuesto con admirable claridad el Sr. Morato anteriormente—tendió su vista hacia el porvenir de la industria con una concepción ampliamente magnífica, que nadie después ha tenido en nuestra Patria.

Fué también Ibarra un pedagogo, un educador. No solamente Ibarra permanecía atento al lucro, al mayor acrecentamiento de los beneficios en la explotación de la industria, no; Ibarra se preocupó hondamente de preparar una pléyade de tipógrafos excelentes, y así observamos que de sus talleres salió aquel Pedro Rodríguez, que ideó una prensa adquirida por la Imprenta Real, y aquel subjefe suyo llamado Sigüenza que escribió aquel *Mecanismo del Arte de la Imprenta*, primer manual de tipografía publicado en España.

Ibarra—sería injusto no reconocerlo—fué profundamente admirado en el extranjero, y así vemos que en Italia, en los escritos posteriores de Alfieri y en los publicados en París por Didot, se habla de Ibarra como del más eminente de los impresores españoles, y hora es ya que el Ayuntamiento de Madrid rinda este tributo de justicia a aquel preclaro varón. Lo único sensible es que este homenaje no se deba a iniciativa de ninguno de los Concejales que con la industria tipográfica estamos relacionados, como los señores Saborit, Gómez Latorre y el que en estos

momentos usa de la palabra, quizás fatigando con exceso vuestra atención. (*Denegaciones.*)

Es preciso que pensemos también en las necesidades de nuestra industria, y aquí veo caras de personas muy conocidas en el ramo de la tipografía que están obligadas a poner su pensamiento en aquella idea precursora de la sindicación actual que tuvo el gran Ibarra en el siglo XVIII. Nuestro arte está hoy en plena y fatal decadencia, y lo que necesitamos es que bien el Municipio, bien el Estado o bien cualquier otra organización nacional, contribuya al robustecimiento de nuestra industria, y que, en fecha no lejana, podamos todos estar satisfechos del triunfo y de la prosperidad de la imprenta.

A lo que todos debemos tender es, en primer lugar, a la difusión del pensamiento español por toda la América latina. Pero antes de que siga este razonamiento vais a permitirme que diga algo que había olvidado decir a causa del desaliño propio de toda improvisación como ésta. En sus comienzos la imprenta sufrió un lamentable estancamiento a causa de las persecuciones de que se la hizo objeto. La imprenta, en los primeros albores de su vida se asentó en las órdenes monásticas; sirvió para la propagación de las ideas y de los pensamientos; en instantes de lucha sirvió para defender la causa de la gente que sufría; pero bien pronto la utilidad que empezó a rendir la imprenta se vió obstaculizada por los mismos reyes y por los mismos príncipes. La imprenta no

pudo, pues, servir la causa santa de la redención de los oprimidos, ni pudo llegar a cumplir sus elevados fines; y la que pudo ser una época de esplendorosa lozanía, quedó reducida a una vergonzosa época de persecuciones e intransigencias. Castelar, en su soberbia *Historia de Europa*, nos habla de unas vergonzosas disposiciones contra la imprenta, del Papa Alejandro VI (Papa *Borgia*). En Italia vemos que el célebre impresor Aldo Manucio, al aliarse con Lucrecia Borgia, utiliza la imprenta únicamente para entonar loores y cantar las glorias de aquella mujer; y la imprenta sirvió para propagar embustes, para defender políticas determinadas; no fué el elemento industrial difusor de las bellezas de un idioma, ni tampoco el elemento que expandiera por el mundo los conocimientos científicos de toda clase; y porque la imprenta fué un arma política que unos utilizaban para impedir la propagación de las ideas y otros para ensalzar a las personas sin motivo justificado, fué duramente combatida, fué seriamente temida, y tuvo, como es natural, un período de decadencia en el que las ideas, los pensamientos, las ansias de mejoramiento y de libertad quedaron sin poder tener expresión adecuada y expansión debida.

Hoy rinde el Ayuntamiento de Madrid este justo homenaje a Ibarra. Debemos pensar (y lo digo porque están presentes muchas personas que militan en el gremio de la imprenta, en el que realizan esfuerzos verdaderamente laudables) en todo cuanto hizo

en favor de este arte aquel benemérito Ibarra que, con un taller que para entonces sería asombroso, de más de cien obreros, constituyó la Compañía de Impresores y Libreros del Reino; y también debemos pensar todos los que a las artes gráficas nos dedicamos en la necesidad absoluta de actuar para constituir empresas poderosas que puedan competir con las empresas de Norte América y con las alemanas. Debemos difundir el pensamiento español por toda la América latina, pues nadie más que nosotros debemos ser los encargados de cumplir con esta augusta misión; sólo nosotros debemos ser los transportadores del pensamiento español a aquellos países; nosotros debemos ser los encargados de hacer ver que España es poderosa; nosotros debemos ser los dueños del pensamiento español, pensamiento que hoy usurpan mercados extranjeros. El alma nacional española no puede tener mejores intérpretes que nosotros mismos. Lamartine dijo que la imprenta es el telescopio del alma. Nosotros debemos ser el telescopio de nuestra propia alma; debemos llevar a América el pensamiento español y debemos también juramentarnos todos los impresores españoles para colocar a la imprenta española a la altura que es debida, a aquella altura en que la colocó con su talento y con su actividad, en tiempos de escasez de recursos, el hombre a quien, con tanta emoción como justicia, rendimos este merecido homenaje. (*Ovación prolongada.*)

## *El Sr. Alcalde:*

Señores, va a terminar el acto.

Dí antes las gracias a todos los que han honrado el Ayuntamiento con su asistencia. Cúmpleme ahora, en nombre de todos, dar las gracias a cuantos han hecho uso de la palabra para rendir un justo y merecido homenaje a la memoria del gran D. Joaquín Ibarra.

Todo lo que aquí se ha dicho, demuestra lo fecundo de su obra, y para nadie es un secreto que en Madrid el arte tipográfico alcanza una altura extraordinaria, y que de ello dan pruebas elocuentes las casas de los Sres. Rivadeneyra, que se acaba de citar, y las de los Sres. Pueyo, Martínez Reus, Baylli-Balliere y tantas otras que harían la lista interminable.

La iniciativa del Sr. Francos Rodríguez, de que se forme un Museo municipal en donde tenga su conservación debida todo lo que se relacione con el arte tipográfico, en colaboración con la Imprenta municipal, a la que ha dedicado tan justos elogios el señor Francos Rodríguez; iniciativa que ha ratificado ahora mi querido amigo y paisano Sr. Gómez Lato-

re, será recogida por el Alcalde y por el Secretario del Ayuntamiento que en este homenaje, según dije, ha puesto singular empeño.

Ahora, terminado el acto, vamos a trasladarnos a la calle de la Gorguera a fin de descubrir la lápida que ha de conmemorar para siempre el nombre de D. Joaquín Ibarra.

Soneto compuesto por D. José Rincón Lazcano, y  
leído por su autor en el acto de descubrir la lápida  
en memoria del impresor Ibarra.

He aquí un hombre sencillo y afanoso  
que ofrendó Zaragoza, al pueblo mío;  
si el Ebro le donó destreza y brío,  
Manzanares le dió laurel glorioso.

¡Zaragoza y Madrid...! ¡Dos limpios soles  
que a España alumbran como España ansía...!  
Si viviera hoy Ibarra, ¿Imprimiría  
lo que escriben algunos españoles...?

Cuéntase del buen rey Carlos tercero,  
—que en admirar a Ibarra fué el primero—,  
que al pisar ese umbral se descubría...

Y refieren también graves testigos  
que el rey y el impresor eran amigos  
amigos sin más ley que su hidalguía.

